

los oyentes ofrecen todos á grandes voces prestar el juramento deseado. Sosegado así el alboroto, se concluyó el santo sacrificio, cantóse despues un solemne *Te-Deum*, y regresó el cardenal á su palacio entre las aclamaciones del pueblo, que, ó por temor ó por desprecio, gritaban: *viva el Pontífice*. Pero no bastó esto para impedir que algunos ministros y soldados del legado allanasen las casas de los ciudadanos que se habian negado á prestar el juramento; y todos creyeron entonces que la violencia, ó tal vez el espíritu de venganza, dirigia las operaciones del cardenal.

No tardaron mucho á llegar á los oídos de Clemente XII las quejas y reclamaciones de los sanmarineses, que hicieron grande impresion en el ánimo justo y moderado del Pontífice, y en el de los mas sábios y acreditados cardenales. Ageno su Santidad de toda prepotencia, y enemigo de todo cuanto pudiese tener la menor sombra de usurpación, desaprobó todo lo que habia hecho Alberoni. Nombró á monseñor Enrique Enriquez gobernador de Macerata, su comisionado apostólico, para que pasase á San Marino y se informase del estado y verdaderos sentimientos de aquella república. Protestó al mismo tiempo el Papa delante de todo el sagrado colegio, que si se demostraba que Alberoni habia violentado á los sanmarineses, declaraba desde entonces nulo é inválido el juramento de fidelidad y el homenaje prestado á la santa Sede. Así fue en efecto: el comisionado apostólico Enriquez, que llegó á San Marino despues de la partida de Alberoni, reconoció que todo el proceder de aquel cardenal no habia sido mas que un conjunto de

violencias contrarias á las intenciones del Santo Padre; y convocando á los representantes de la ciudad y de los pueblos repuso á la república en su primitivo estado. Por último, habiendo llegado estas noticias á Roma, llamó el Santo Padre al cardenal Alberoni, y envió en su lugar á Bolonia en calidad de legado al cardenal Carlos Marini.

86. Antes de terminar la historia del pontificado de Clemente XII, no podemos menos, siguiendo la costumbre del sabio abate Berault, de dar alguna noticia, aunque sucinta, de tres grandes siervos de Dios elevados ya al honor de los altares, que en el primer tercio de este siglo adquirieron con su preciosa muerte el premio de sus heróicas virtudes. El primero de estos tres héroes cristianos es el beato Pacífico, natural de San Severino, ciudad de la Marca de Ancona. Dedicado desde su niñez á la práctica de la virtud, se consagró á Dios en la religion de San Francisco, ocupándose enteramente en observar con toda exactitud no solo la regla de su instituto, sino tambien toda la perfeccion que constituye á los grandes santos. Destinado por el capítulo provincial celebrado en Sinigaglia á fines del siglo diez y siete á enseñar la filosofia á los jóvenes de su orden, obedeció á pesar de la repugnacion que oponia su humildad, y subió á la cátedra para enseñar á un mismo tiempo aquella ciencia y la verdadera sabiduria de la cruz. Mas el Señor que se habia complacido con la humilde resignacion de su siervo, inclinó el ánimo de sus preladados á que admitiesen la renuncia que hizo de allí á poco para emplearse únicamente en la salud de las almas; ministerio

que desempeñó con tal celo y caridad y con un espíritu tan parecido al de los primeros apóstoles, que no solo consiguió la conversion de innumerables pecadores, sino que se le vió tambien suspirar frecuentemente por su ardiente deseo de ir á anunciar el evangelio á las naciones mas remotas sepultadas aun en las tinieblas de la ignorancia y de la supersticion. ¡Ah, qué no pueda yo, esclamaba repetidas veces bañado en lágrimas, ser uno de aquellos dichosos ministros del evangelio! ¡Ojalá me fuese dado derramar toda mi sangre en defensa de la fe de Jesucristo! Pero Dios que le habia destinado otro género de martirio, lo espuso desde entonces y hasta el fin de sus dias á la prueba de la paciencia mas invicta y admirable; pues comenzó á gravarle con tantas y tan penosas enfermedades, que le quitaron de todo punto la esperanza de predicar el evangelio á las naciones infieles, y hasta el consuelo de seguir anunciando las verdades eternas en su propio país. Sin embargo, su celo amoroso é infatigable supo encontrar el modo de hacerse útil en medio de sus dolencias; y á la predicación substituyó el ministerio de la direccion de las almas en el tribunal de la penitencia y el de catequista, que egirió muchos años con extraordinaria paciencia y caridad, no contentándose con recibir á todos los que se le presentaban en su convento y en la ciudad, sino saliendo él mismo en busca de los ignorantes, y pasando de pueblo en pueblo y de aldea en aldea para instruir en sus deberes y en el camino de la salud á los mas infelices jornaleros y pastores (1).

(1) Mem. hist. cap. 3.

Habiendo renunciado el honor y cargo de superior del convento de su patria, se dedicó enteramente á la vida solitaria, no pudiéndosele hallar jamás sino en el coro, ó en la iglesia ó en su pobre y pequeña celda, donde pasaba las horas del dia y la mayor parte de la noche en continua oracion y en la mas alta meditacion de las verdades eternas; y Dios que se complace frecuentemente en mostrar con evidentes milagros la santidad de sus siervos, se dignó manifestar la del beato Pacífico de un modo singular. Debia el humilde y obediente religioso ir á celebrar el santo sacrificio á una iglesia distante algunas millas de su convento, por cuyo camino atraviesa un pequeño rio ordinariamente transitable por la escasez de sus aguas, pero que se hallaba engrosado por una extraordinaria avenida cuando llegó el santo á sus orillas. No dudó un momento en proseguir el camino que le señalaba la obediencia, y apesar del temor de dos religiosos que le acompañaban, dá un paso para meterse en el agua implorando la omnipotencia de Dios, y las aguas dóciles á la voluntad divina, se dividen por entrambas partes y dejan un sendero abierto y enjuto á su tránsito, renovándose así el milagro que se obró en otro tiempo en el Eritreo al pasage de los israelitas y en el Jordan al tránsito de Josué. Pero los favores y dones del Altísimo se le comunicaban mas admirable y copiosamente mientras celebraba el santo sacrificio. El altar parecia entonces trasformarse en un nuevo Tabor donde el fervoroso sacerdote se trasfiguraba en presencia de los circunstantes creyendo todos ver en él uno de los espíritus bienaventurados. El ardor, la ternura y un santo

estremecimiento que se apoderaban de él insensiblemente, eran otros tantos testimonios de que veía con una claridad semejante á la de la gloria la sagrada víctima oculta á los demás bajo el velo de las especies sacramentales, por manera que se le vió repetidas veces arrebatado en un éxtasis celestial elevarse mas de un palmo sobre la tierra (1). Dotóle tambien Dios con el don de profecía, como se manifestó entre otras ocasiones durante la guerra de 1717, en la que predijo el mismo dia de la famosa batalla de Belgrado (5 de Agosto), la victoria que debia reportar en ella el Príncipe Eugenio y la conquista de la ciudad, verificando despues el hecho las palabras con que el beato Pacífico lo habia anunciado al superior y demás religiosos del convento de San Severino. Finalmente, estenuado por sus austeridades y por sus largos y cuasi continuos padecimientos, cumplidos en él todos los misterios, murió con la muerte de los justos el dia 25 de Setiembre de 1721, á los setenta y ocho años y medio de su edad.

87. Contemporáneo del beato Pacífico de San Severino fue el beato Tomás de Cori, de la regular observancia de San Francisco. El estado pontificio dió á la Iglesia estos dos santos, y si el primero santificó el antiguo Piceno, el segundo esparció el buen olor de sus virtudes en el antiguo Lácio entre Sezza y Vélletri. Manifestóse en el beato Tomás desde su primera edad, un ardiente deseo de consagrarse todo entero á Dios; pero no pudo verificarlo hasta los veintidos años, en cuyo tiempo pasó á Roma y tomó el hábito de San Francisco en el

(1) *Ibid.* cap. 8.

convento de Ara-coeli. Durante el curso de sus estudios unió á ellos de tal modo la frecuente oracion y la profunda meditacion de las máximas cristianas y de los mas augustos misterios de nuestra santa religion, que se le vió abanzar en la carrera de la santidad con no menos rapidéz que en la de las ciencias. Asumido despues á diferentes empleos en su órden, renovó en todas partes en que lo halló decaído el espíritu de la regular observancia, dando él mismo el egemplo de todas las virtudes, las que no se redujeron á los estrechos límites del cláustro, sino que derramaron su influencia por el espacioso campo de toda Italia. Inflamaba su corazon el celo ferviente por la salud de las almas, por manera que sus cotidianas y nunca interrumpidas ocupaciones eran visitar y asistir á los enfermos, reconciliar á los enemistados, predicar la divina palabra y amonestar y corregir en el santo tribunal de la penitencia. Las nieves, lluvias, vientos y caminos peligrosos, nada en fin era parte á impedirle que procurase por dó quiera el bien espiritual de sus próximos. Tiboli, Vélletri, Anagni, Palestina, Civitella, Palombara y Subiaco, fueron principalmente en el espacio de cuarenta años las tierras afortunadas en que esparció la semilla evangélica, de suerte que se le llamaba comunmente en Italia el *Apostól de Subiaco*. Era efectivamente digno de este nombre por su admirable paciencia y por los frecuentes prodigios con que autorizó el cielo su apostolado. ¿Qué constancia tan heroica y qué virtud tan admirable no debia tener el que en medio de una gravísima enfermedad añadida á sus extraordinarias austeridades, jamás interrumpió el ministerio

apostólico? Tenia sus piernas llenas de horribles y profundas llagas que le atormentaron con indecible dolor hasta la muerte; pero sus ayunos á pan y agua que le eran cuasi cotidianos, los cilicios, disciplinas sangrientas con que maceraba sus carnes, sus largas vigili- as y los oficios mas penosos y viles en que ocupaba las horas del descanso, pueden tenerse por un tormento mucho mayor que el que le causaba la enfermedad. Así es que cuantos le conocian, admiraban en él un continuo prodigio, viendo á un hombre estenuado y hecho una imágen de la muerte, y al mismo tiempo lleno de fuego é incansable en egercer todas las funciones del sagrado ministerio.

Empero Dios que conocia la prontitud de ánimo con que su siervo llenaba todos los deberes del apostolado, lo confortaba frecuentemente con sus dones mas singulares: arrobos, éxtasis, consuelos interiores y una luz celestial que se vió repetidas veces resplandecer sobre su cabeza, eran los medios con que le esforzaba el Señor á sufrir todos los trabajos de su penosa carrera, concediéndole estas mismas gracias con mayor abundancia cuanto mas se acercaba su muerte. En efecto, viéndose reducido por una agudísima fiebre al último extremo, llamó el siervo de Dios á su director y pidió el santo Viático, en cuyo acto le vieron todos sus hermanos elevado maravillosamente sobre la tierra y representando ya la gloria de los bienaventurados. Siguió en este mismo éxtasis hasta la noche siguiente, en la que espiró, quedando su cadáver tan hermoso y resplandeciente, que atrajo un concurso innumerable y se hizo desde entonces el objeto de la pública veneracion.

88. Ischia, ciudad é isla del reino de Nápoles, fue la pátria del beato José de la Cruz, que nació el dia 15 de Agosto de 1654. Apenas llegó á los diez y seis años de su edad, sintióse inspirado á apartarse del mundo y á abrazar la vida religiosa en uno de los mas rigurosos institutos, escogiendo en consecuencia la reforma de San Pedro de Alcántara, á quien se propuso desde entonces por modelo de imitacion. En efecto, resuelto á semejanza de aquel grande reformador á llevar la mortificacion de Jesucristo en todos los miembros de su cuerpo, se impuso la ley de no alzar los ojos á mirar objeto alguno de este mundo, de no hablar sino de Dios, y de reducir su carne á servidumbre con las vigili- as, ayunos y demás géneros de mortificacion. En vista de una santidad tan manifiesta, obligáronle sus superiores á recibir la sagrada órden del sacerdocio, no obstante su repugnancia y sus deseos de permanecer siempre en el grado de diácono como su padre San Francisco. Ordenado de sacerdote y destinado á la instruccion de los novicios, egerció aquel difícil encargo por espacio de seis años con admirable prudencia y caridad, y sobre todo ofreciendo en sí mismo la norma de todas las virtudes á sus alumnos, entre los cuales se difundió su espíritu muriendo tres de ellos en olor de santidad. Elegido despues sucesivamente para varias prelacías de su órden, jamás dejó sus acostumbradas penitencias y austeridades; y deseando ver erigida en provincia la reforma que él mismo habia ideado y propuesto, tuvo que sufrir innumerables trabajos, fatigas y contradicciones. Pero pronto siempre á sollevarlo todo por amor de Jesucristo y por la gloria de Dios,